

y vereis el gran caso que estos hombres hacían de Boet.

»Boet es pobre, añade; y tan pobre, que casi es indigente. Si; ese hombre á quien se pinta como un ladrón de Toisones, como un deudor incansable, ha tenido mil medios de enriquecerse, y siempre ha sido pobre; don Carlos, ese pretendido millonario, ese disipador, ese vicioso, ese inmoral, ha dejado también en la indigencia á su más importante partidario, y hasta se ha negado á darle el pan que le había prometido para alimentar á su familia; y no contento con esto, niega hoy que se lo hubiese prometido, y le acusa de ladrón; conducta digna del hombre sin capacidad, ni moralidad, sin dignidad, ni valor; del príncipe bajo y asqueroso que ha entablado la causa del Toison, esa causa que será su ignominia más grande...»

El público aplaude frenéticamente: ¡bravo, bravo! gritan hombres y señoras. Paribelli, fuera de sí, exclama:

«Que se eche en seguida á todo el mundo á la calle, menos á los periodistas y á los abogados de las tribunas.»

Los gendarmes invaden la sala; óyense gritos, protestas, y después de alguna resistencia pasiva, quedan solo los periodistas.

Campi invoca entonces la imparcialidad del Jurado, y acaba pidiendo la declaración de la inocencia de Boet.

«Así sereis justos, exclama. Así sereis dignos de Italia.»

Se levanta la sesión, pero al llegar á la calle, se presenta un gentío inmenso. Así que sale Campi, óyese un grito atronador; la gente aplaude frenéticamente al abogado; y no se oyen más que las manos que baten y las voces de *bravo, bravo*. Paribelli y el fiscal huyen por otra puerta llenos de rabia y vergüenza.

## XXXV.

Abierta la sesión el 21, se levanta el fiscal á retificar, diciendo en substancia que siempre había dicho que el robo había sido consumado en Milan ó Venecia; que ignorando el modo, había formado una

hipótesis, y que le parecía racional, atendida la certeza de que Boet era el ladrón; que no era extraño que Boet hubiese tomado el Toison y dejado el dinero que contenía el saco de noche, porque el dinero no tenía tanta importancia para él como la joya; que es positivo que don Carlos en persona encargó á la casa Magei la vigilancia de Boet, como lo asegura el gerente de la misma casa y otros testigos, careciendo de importancia que doña Margarita se atribuya en sus declaraciones el papel de haberlo hecho ella; que si la casa Magei no presentó los partes originales de su agente, fué por el deseo de exagerar la importancia del servicio, y hacérselo pagar mejor; que quizá don Carlos no obligó á Boet á ir á declarar cuando denunció el robo en Milan, porque ignoraba si estaba ó no en el hotel; que las declaraciones de la gente del hotel de la Ville no han tenido nunca importancia en la causa, por haber callado la primera vez al juez instructor las palabras misteriosas de la Samoggy; y que aunque entonces las revelaron al comisario Fromenti, aquella circunstancia de callarlas al juez demuestra que ellos mismos no hacían caso de ellas; que la Buchner es una mujer indigna de crédito; que los billetes son falsos, aunque los peritos los atribuyan á la época señalada por Boet, pues los peritos no pueden decir si un escrito fué hecho uno ó dos años antes; que aunque Suelves y Lorenzo nieguen á la baronesa, deben ser creídos en lo demás.

Toma la palabra Ronchetti, y dice:

«Extraño proceso este, señores jurados, donde el acusado habla como un acusador, y el acusador es tratado como un acusado; y cuando no otra cosa, esto debiera bastar para examinar las cosas con la mayor atención y el más exquisito cuidado. Yo hablaré poco, porque después de la elocuente y sólida defensa, hecha ayer por mi compañero, no veo la necesidad de cansaros más. Pero ante todo me haré cargo de las severas, de las depresivas, de las ultrajantes palabras dirigidas por el señor fiscal á mi cliente, pintándolo como un hombre indigno, arrojado del ejército de Cuba con la mayor ignominia. No es verdad nada de esto. Boet no ha sido arrojado del ejército de Cuba, sino que él mismo se ha marchado espontáneamente de él, y tres meses después

de este hecho, dos meses después de figurar en el ejército carlista, el gobierno de Madrid ha echado sobre él una nota de proscripción, una nota de odio y venganza políticas, que no mancha á Boet, sino que revela lo que ayer os decía mi compañero Campi, que en las luchas civiles los partidos son siempre excesivos.

»Ni cómo podría ser otra cosa? Ese Boet que aquel documento os presenta despedido con ignominia del ejército de Cuba por los motivos más bajos; ese Boet, antes de pasarse á los carlistas era uno de los héroes de la isla de Cuba. Nosotros podríamos leer artículos de más de 300 diarios de Cuba donde Boet es glorificado, es ensalzado, es aclamado, con una admiración sin reserva. Aquí está el paquete de estos diarios. Ved cuán voluminoso es. ¿Pero á qué leerlos? No será ciertamente el señor fiscal quién vendrá á negarnos la verdad de esta aserción. Sí, señores jurados; el hombre que el documento telegrafiado de Madrid nos pinta como indigno é infame, en el 70, el 71, 72, 73 y hasta el 74, pocos días antes de salir de Cuba, la prensa de esta isla nos lo pinta como uno de los caudillos más probos, más valientes, más entendidos é íntegros que allí hacían la guerra. ¿Será, pues, posible, que vosotros creais más que á estos diarios, á un documento oficial de proscripción, que no es una sentencia, como ya ha reconocido el mismo fiscal, sino un instrumento de odio y venganza? No lo creo.

»Pero si esto no os bastase, hé ahí cartas del general Polavieja, del capitán general Martínez Campos y del general Salcedo; cartas publicadas ya en España y de nadie desmentidas, donde estos hombres, ilustres, ó muy conocidos, después de aquella nota de proscripción, se informan tiernamente del estado de Boet, recuerdan con cariño su amistad, lo saludan afectuosamente, y uno de ellos, Salcedo, recuerda con admiración el tiempo en que lo tuvo á sus órdenes en Cuba, proclama su valor, su inteligencia militar, lamenta la ingratitud con que ciertos malos españoles han pagado los grandes servicios de Boet á España, y dice que con una docena de jefes como él, en seis meses acabaría la guerra. ¿Cómo ni cuándo, señores jurados, hubieran estos hombres escrito de tal modo á su antiguo compañero, ahora que éste se

hallaba enfrente de ellos en el ejército carlista, si hubiese sido tal como lo pinta la apasionada, la injusta, aunque excusable, nota oficial de proscripción, que nos ha telegrafiado el gobierno de Madrid?...

»¿Qué queda, pues, de las acusaciones que el fiscal ha hecho contra Boet? No queda más que la del robo del Toison. ¿Y qué queda de la del Toison, después de la defensa de mi compañero? No queda más que don Carlos; don Carlos que ha fingido ese robo, y al verse comprometido, ha echado el compromiso sobre Boet. Tenemos, pues, el deber de mirar de piés á cabeza á don Carlos.

»Vosotros no podeis ocuparos del príncipe, nos decía el señor fiscal. ¿Por qué no? ¿En virtud de qué? ¿No es don Carlos un hombre público? ¿No pertenece desde hace mucho tiempo á la historia? ¿No ha hecho una guerra dinástica á su patria? Ahora mismo sus diarios empiezan ya á discutir si es ó no indigno de continuar al frente de su partido, y si debe ó no abdicar en su hijo con la regencia de su hermano Alfonso; y ¿nosotros no podremos ocuparos de él, cuando debatimos una causa en la cual es acusador y acusado?...

Paribelli. Señor abogado: No permitiré que insulte usted al señor duque de Madrid. Téngalo usted entendido.

Ronchetti. Yo no os hablaré, señores jurados, de la guerra cruel y asoladora que ese hombre ha hecho á su país por su ambición política; no os hablaré de los horribles asesinatos que en su nombre cometían Rosa Samaniego, el cura de Santa Cruz, Saballs y tantos otros; no os hablaré de su ignorancia, cobardía y corrupción ya proverbiales; no os hablaré de sus galanteos con mujeres casadas, de las doncellas que ha violado en el Norte de España; de las casadas que ha deshonrado; de su vida de París, de Viena y Rumanía; de la aventura de una ciudad del Danubio, donde una meretriz para hacerse pagar le robó los dientes postizos...

El público prorrumpe en grande hilaridad. Las señoras no pueden aguantar tan violenta risa.

Paribelli. Esto es intolerable. Señor abogado, no puedo consentir que su señoría continúe en este terreno.

*Ronchetti.* Una sola cosa os diré, señores jurados, una sola, y tenedla bien presente. Era en Filadelfia, pocos meses despues de terminada la guerra don Cárlos había pasado á América para lucir en los Estados Unidos las glorias adquiridas en España, y allí había frecuentado la casa de una mujer á quien por decoro trataremos de señora. Una noche, no pudiéndola pagar, se quita del dedo una sortija y la pone en el de aquella mujer perdida en pago de su trabajo. En aquella sortija se leían las palabras *Cárlos-Margarita*, y una fecha. Era, señores jurados, la sortija nupcial de don Cárlos; la sortija sagrada del hombre que contrae matrimonio.

*Gran sensacion; la multitud se agita; las señoras apenas pueden contener un grito de indignacion.*

*Ronchetti.* Y para que el escarnio, señores jurados, fuese mayor, para que la altísima institucion del matrimonio quedase más pervertida, don Cárlos, el defensor del altar y el trono, el representante de la Religion, dijo á aquella mujer: Un dia me sentaré en el trono de San Fernando; un dia seré rey de España. Presentaos entonces en Madrid con esta sortija; llamad á mis reales palacios, y os concederé lo que me pidais, sea lo que fuere. ¿Quién, pues, ¡oh señores jurados! se atreverá á negar, que el infame que ha hecho esto, ha podido tambien fingir el robo del Toison?...

*Sensacion general en todos los bancos y galerias; movimiento de indignacion en el público de la barrera.*

*Paribelli.* Señor relator: escriba usted en el acta que el señor abogado ha pronunciado estos ataques contra mi voluntad repetidamente manifestada. Esa conducta es intolerable.

*Ronchetti.* ¿Qué causa tenían Boet y don Cárlos, el uno para robar, y el otro para fingir el robo? Así ha dicho el señor fiscal, y se ha contestado: Boet necesitaba dinero, y don Cárlos era millonario; luego el robo de Boet es posible, y la simulacion de don Cárlos, absurda. ¿De cuándo acá, señores jurados, el ser pobre es indicio de ser ladrón? ¿En virtud de qué ley los pobres son sospechosos de ladrones? ¿Es esto justo, ni moral? ¿Es así como debe hablar el representante de la ley? Boet, sí, es pobre; es casi indigente, pero honrado; Boet podría ser rico; ha tenido mil medios de serlo en Cuba y durante la guerra carlista, y

siempre ha vivido modestísimamente de su paga, y cuando ésta le ha faltado, no ha vivido del robo, ni de la estafa, sino del crédito más limpio y franco. ¿Y ahora ha de venirse á ennegrecer á nuestro cliente, diciéndonos que por lo mismo que es pobre, y lo ha sido, es probable que ha robado el Toison? ¿No es más bien esta digna pobreza una prueba indestructible de que no lo ha robado?...

»Pero dónde se ha visto tambien que la riqueza sea una prueba de la imposibilidad de ciertas malas acciones? ¿No se vé cada día todo lo contrario, cuando esos ricos, como don Cárlos, no lo son bastante para pagar sus devaneos, sus vicios, sus caprichos, sus galanteos, sus desórdenes, sus viajes y tantos y tan grandes desatinos como la ociosidad les inspira? Don Cárlos tiene un patrimonio. Es cierto; no lo hemos negado nunca. Pero ese don Cárlos, á quien se nos pinta como un hombre que puede tirar el dinero, recibe, cuando la guerra de España, un caballo árabe en don, y al volver á Francia, lo hace vender por necesidad; los legitimistas franceses lo rescatan, y se lo devuelven, y él lo revende en seguida en otra ciudad; este millonario á principios del 77 viaja por Rusia, y de repente, no puede continuar viajando por falta de dinero, y por no saber de dónde sacarlo, este millonario llega á París, y habiéndole pedido Boet 60 francos para ir á Bayona, doña Margarita nos dice que no se los pudo dar, y que ella se los entregó. ¡Curioso millonario es éste, señores jurados; millonario, que segun Suelves, puede girar medio millon con solo firmar un *cheque*, y que no tiene 60 francos para entregar á su secretario general!

»Luego léjos de probar la pobreza de Boet que éste fué un ladrón; léjos de indicarlo, lo imposibilita, y léjos de probar é indicar la riqueza de don Cárlos que éste fué robado, indica que pudo muy bien fingir el robo. Pero nada nos lo revelará mejor que su actitud á las primeras sospechas que concibe su esposa contra Boet. ¿Cuál debía ser su actitud ante estas sospechas? Si había robo, resuelta; si había fingimiento, vacilante y vergonzosa. ¿Cuál fué? Fué vacilante y vergonzosa, sí, señores jurados, fué vergonzosísima.

»¿No era él que debía en seguida vigilar á Boet?

¿No era él que debía perseguirlo? ¿No era él que debía acorralarlo? Sí, si no había fingido el robo. Pues no es él, sino doña Margarita. Los autos y los testigos lo están diciendo á voces. ¿Quién encarga la vigilancia á la policía? Doña Margarita. Ella misma nos lo ha dicho. El notario Goupil lo confirma, y el conde de la Ferté no lo niega. ¿Quién hace avisar al juez de Milan? Doña Margarita. ¿Quién pide consejos sobre esto al comisario de policía Clement? Doña Margarita. ¿Quién entabla negociaciones con Boet para la restitution de los diamantes? Doña Margarita. ¿Qué empleado de la casa figura en estas negociaciones, como representante de la misma? No un secretario, no un representante de don Cárlos, sino Esparza, el secretario de doña Margarita. ¡Oh! ¿Qué quiere decir esto, sino que don Cárlos titubeaba, que tenía miedo, que á pesar de su cinismo no se atrevía á atacar de frente á Boet? ¿Qué quiere decir esto, sino que no había robo, ni ladrón, sino una farsa, una indigna farsa, de la cual don Cárlos era el héroe?...

»El señor fiscal ha criticado la division que mi compañero hizo de los testigos, y se quejaba de que hubiese dicho que los carlistas no eran en esta causa dignos de crédito. No hay tal cosa, porque, teniendo nosotros testigos carlistas, nos hubiéramos herido. El señor Campi ha dicho que los testigos carlistas que apoyasen á don Cárlos eran sospechosos, y el hecho lo confirma. No vale, no, que se les excuse de haber negado á la baronesa de Samoggy, como con gran admiracion mia ha hecho el señor fiscal, porque habiendo jurado aquí decir la verdad, y solo la verdad, su mentira es la prueba mas evidente del desprecio en que tienen sus juramentos. ¿Pero es cierto que no han mentado sino en esto? ¿No hemos visto que Lorenzo mintió en lo de los relojes; hasta el punto de decirnos que llevaba en el saco de noche un reloj de bolsillo, y en el bolsillo un reloj despertador de pared? ¿No nos ha dicho un dia que no sabía una palabra del contenido de cierta carta hecha en nombre suyo por Esparza al padre de Erdávide, y al dia siguiente ha declarado lo contrario? ¿Y qué diré de aquel cínico de Suelves, de aquel vizconde de Montserrat, perteneciente á una nobleza, cuyos títulos llegaron á venderse á dos pesetas? Este en el momen-

to mas apremiante de los careos desapareció de Milan, se ausentó, huyó, y á pesar de las reclamaciones del señor Presidente, no hemos aún averiguado su paradero.

»¡Ah, si hubiese sido uno de nuestros testigos, qué escándalo, señores, y qué amenazas, y qué persecuciones se hubieran hecho! Recordad la severidad terrorífica que se empleó con la Bachner, con una pobre y débil mujer, y comparadla con la largueza con que se ha tratado á ese batallon de testigos falsos que aquí se han presentado.

»Pero no quiero fijarme en estos, ni en otros testigos, sino en dos, que son los mas importantes. Desde el momento que Boet nos dice que don Cárlos le entregó el Toison de mano á mano y á solas, los testigos son ellos; el uno para afirmar y el otro para negar; el uno para iluminar á la justicia sobre el robo fingido y el otro para ilustrarla sobre el robo verdadero. Boet se ha presentado. ¿Se ha presentado tambien don Cárlos? No. ¿Por qué? Porque tenía miedo; porque era culpable; porque no se veía capaz de arrostrar ante nosotros la voz tonante del hombre á quien había calumniado. Este hombre lo llamaba desde la barra, lo citaba; lo desafiaba; y don Cárlos desfavorido, tembloroso, amedrentado, no aceptaba el reto. ¿No hubiera venido, si fuese inocente? ¿Quién duda de que no hubiera sido necesaria llamarlo? El mismo compareciera con la mayor espontaneidad. Pero este careo, no sé por qué razones, tampoco tuvo lugar durante la instruccion. ¿Fué á instancias del mismo don Cárlos? No sé. Pero os haré observar que es inaudito en casos análogos no poner frente á frente á los dos adversarios. ¿Quién sabe lo que hubiera resultado de este careo? ¿Quién sabe si en seguida no se hubiera sobreseido en la causa? El hecho es que Boet pidió durante la instruccion este careo, y no una vez, sino dos, tres, ciento, mil, y jamás lo obtuvo. El, pues, desafió á su adversario, y su adversario no osó presentarse.»

Entoces Ronchetti entra en otras consideraciones sobre algunos detalles; hace notar que si las palabras de la baronesa tuviesen el sentido que dijo el fiscal, la baronesa las hubiese reconocido, y que por el contrario las niega al decir que entonces no habló con don Cárlos del Toison; se fija en el modo de viajar

de la baronesa de Venecia á Milan y Turin, tan diferente del anterior y posterior; demuestra que los billetes no son toda la justificación de Boet, sino una ligera parte de ella, y que por esto, si no fuesen auténticos, no los hubiera éste presentado; toca ligeramente lo de las negociaciones, considerándolo suficientemente defendido por Campi, y luego termina así:

«Señores jurados: el señor fiscal ha acabado hoy su rectificación, pidiéndos que declareis culpable á Boet, porque de lo contrario dirán que lo habeis absuelto en odio á don Carlos. Yo os digo que juzgéis segun vuestra conciencia, prescindiendo de toda consideración política; y vosotros sois demasiado dignos, vosotros sois demasiado honrados, vosotros sois demasiado justos para hacer ahora otra cosa de lo que otras veces, sujetaros á la prescripción que está inscrita en aquella pared, donde se dice que aquí se juzga, no por la influencia, sino por la convicción y la rectitud.»

Así ha terminado Ronchetti dejando una gran impresión en todos los ánimos.

## XXXVI.

La sesión del 23 empezó del modo siguiente:

*Presidente.* Acusado: tiene usted la palabra por última vez, si quiere decir algo á los señores jurados.

*Boet.* Señores jurados: despues de las defensas de mis distinguidos abogados y de cuanto ha sucedido aquí, poco tengo que añadir, atendida vuestra ilustración. Los hechos son elocuentísimos; mis explicaciones os han dado la llave de los sucesos; los testigos de mi adversario han demostrado si estos hechos eran ó no ciertos.

Vosotros en vuestro superior criterio sabreis apreciarlos debidamente.

Si algun punto ha quedado en este proceso algo oscuro se debe á la ausencia de don Carlos, que no solo ha faltado á los debates, sino que tampoco ha querido carearse conmigo durante el período de la instrucción.

Recordad, os ruego, que del mismo modo que he venido á Italia en demanda de justicia, hubiera

podido ir á otro país. He venido, sin embargo, aquí, confiado en vuestra rectitud. Esto os demostrará cuán seguro estaba de mi inocencia y de vuestra rectitud.

Mi conciencia está en este instante mas tranquila que la de mis acusadores. Señores jurados, yo no quiero mas que justicia, y tengo la seguridad de que me la hareis.

*Presidente.* Señores jurados: antes de resumir los debates que acaban de verificarse, cúpleme leeros cuatro preguntas á las cuales debeis contestar: Hélas aquí:

I. ¿El acusado Carlos Gonzalez Boet es culpable de haber sustraído á don Carlos en últimos de Noviembre ó primeros de Diciembre de 1877, en esta ciudad ú otra alguna del reino de Italia, una joya en forma de condecoración conocida con el nombre de Toison de Oro?

Si la contestación á esta pregunta es afirmativa se responderá á las siguientes:

II. ¿El valor de dicha joya excedía de 500 liras?

III. ¿Ha sido cometido el delito por Boet en su calidad de secretario ó dependiente de don Carlos?

IV. Para abrir el estuche donde el Toison estaba encerrado, ¿hizo uso de llaves falsas ó de otro cualquier instrumento?

Despues de algunas palabras mas sobre la ceremonia, el señor Paribelli empieza á resumir el debate, mostrándose algo imparcial.

*Presidente.* Seré muy breve, por haber durado mucho el proceso, y haber sido amplios los debates. En una causa de esta índole apenas puede pasarse de las conjeturas, y no quiero horrar del ánimo de los señores jurados las impresiones que directamente han recibido.

Entonces resume con algun equilibrio la requisitoria fiscal y las defensas, compara algunas declaraciones del acusado y de los testigos, y presenta sus conclusiones.

*Presidente.* Este proceso ha sido apasionado hasta convertirse en polémica. En cuanto á mí, lo digo francamente, no me he preocupado un momento ni de lo dicho, ni de lo escrito. Un solo objetivo, un solo fin me ha guiado: el objetivo, la verdad; el fin, la

justicia. No habré sido hábil, pero nunca dejé de seguir mi independencia de carácter. Ahora os toca fallar á vosotros, señores jurados. Vais á dar el veredicto, y espero que este responda al mandato que habeis recibido de vuestros conciudadanos, y mantenga á este tribunal de Milan en la reputación que otros le han granjeado. Os recuerdo por último las severísimas penas que nuestras leyes imponen á los jurados prevaricadores.

De repente Paribelli termina el resumen, y dice:

—Guardias, haced retirar al acusado.

Este se levanta impasible, coge el sombrero, y sale. El terrible momento empezaba. Las conversaciones cesan, y todo el mundo mira á los jurados que ya eran los grandes héroes del momento. Paribelli entrega al primer jurado el pliego que contiene las preguntas de culpabilidad. Se hace un profundo silencio, los jurados se retiran y se suspende la sesión.

Al recibir Boet la orden de salir, creyó que se suspendía la sesión para el descanso ordinario, y dijo á uno de los gendarmes:

—Hágame usted el obsequio de decir en el café que me traigan una sopita de caldo, pues todavía estoy en ayunas, y la sesión va larga

Los gendarmes tuvieron la bondad de no sacarle de este error, y le hicieron traer la sopa, que él empezó á comer despacio.

Apenas había once minutos que los jurados estaban dentro, se oyó la campana de que habían terminado.

—Entra la corte, dice el ugier.

Paribelli entra con los demás magistrados, y todos ocupan sus puestos.

—Ugier, introducid al Jurado, dice Paribelli.

Los jurados entran precedidos de su cabeza, y toman asiento. Hay un silencio profundísimo. El Presidente manda leer el veredicto, y el primer Jurado dice:

«Por mi honor y conciencia, hé aquí el veredicto de los Jurados: ¿Carlos Gonzalez Boet es culpable de haber robado á don Carlos de Borbon el Toison de Oro? No.» Vivísima emoción; quíerese aplaudir, pero silencio, silencio, gritan varias voces: y la gente se contiene; el fiscal está amoratado de rabia, y Paribelli hace muecas; se espera la aparición del Acusado.

El Presidente manda que vuelva Boet: un gendarme corre, y le dice:

—General, está usted absuelto, venga.

Boet le mira estupefacto, y deja en el plato la cuchara de sopa que iba á comer.

—Si, absuelto, absuelto, repite el gendarme. No pierda usted tiempo.

Boet se pone los guantes, toma el sombrero, y se presenta.

Boet se sienta impasible, y el Presidente manda leerle el veredicto, pronuncia su absolucion, y lo pone en libertad.

Entonces la escena es indescriptible; un inmenso grito estalla como un trueno ensordeciente; resuenan miles de aplausos; los hombres agitan los sombreros, las señoras los pañuelos; *viva la justicia de los jurados, viva Boet*, exclaman centenares de voces; el Presidente y el fiscal se levantan presurosos, y desaparecen; Boet, frio y lleno de calma, saluda á la multitud, que sigue aplaudiendo, agitando pañuelos y sombreros, y victoreándolo á él y á los jurados; la alegría es general, inmensa, veheméntísima.

Entretanto Boet había salido á un pátio desde el cual se descubrian las ventanas y balcones de muchas casas de gente distinguida. Al instante los habitantes se asoman, y los hombres aplaudiendo, y las mujeres agitando los pañuelos, le saludan con entusiasmo. El contesta, y sale del palacio acompañado de Ronchetti y Campi que están radiantes de gozo. La multitud se les echa encima, les rodea, los abraza y aplaude frenéticamente. Gran número de elegantes señoras estrechan las manos de Boet, y algunas hasta le besan. No se oyen mas que gritos de enhorabuena, vivas y voces de *acuérdesse usted de Italia; no se olvide de la justicia que le han hecho nuestros jurados; salude usted á su esposa de parte de las señoras italianas*; muchos españoles tambien lo abrazan gritando: *viva España! vivan los españoles que saben defenderse como usted!* es una ovación delirante, como se han visto pocas en ninguna parte.

La votación del Jurado, segun se dijo, tuvo el mismo carácter, lo cual es muy notable en una causa donde había tantos puntos oscuros que habían de deducirse por inducción, y donde maniobraban tantas y tan poderosas influencias. Por enfermedad de uno

de los Jurados, no juzgaron más que doce; y Boet obtuvo siete votos en pro, 4 papeletas en blanco, que según se previno antes á los Jurados se aplicaban también en favor del imputado, y tan solo un voto en contra. El Jurado pertenecía completamente al partido moderado, cuyos periódicos no habían tratado á Boet con ninguna simpatía durante los debates, habiendo muchos que le fueron hostiles.

Pero los Jurados hacían como el público; y no solo veían que no se alegaba ninguna prueba contra aquel hombre, sino que se le hacía una guerra tan indecente, y se le preparaba una sorpresa tan infame en la próroga del proceso, que no pudieron ménos de indignarse. No solo Boet tuvo por defensores á Ronchetti y Campi, sino también á Paribelli y al Ministerio Fiscal, á Brasca y Dugnani, á los testigos carlistas, y al conde de Bourgade, que como agente de don Carlos, intrigaba en Roma, por medio de Pierantoni, y el cuñado de éste, Macini, á fin de anular lo hecho y aplazar indefinidamente la vista. Entonces los Jurados comprendieron que no se trataba sino de deshacerse de Boet á toda costa, y que esto por sí solo demostraba que no era culpable, y lo absolvieron.

Durante su arresto y los debates le trataron con mucha crueldad; pero no por esto le faltaron consuelos afectuosos. El director de la Cárcel, sin apartarse de su obligación, le custodiaba con una dulzura y afectuosidad entrañables, del mismo modo que los empleados subalternos. Así es que al salir del Tribunal, fué en seguida á estrechar la mano á aquel caballero, y darle las gracias más calurosas.

En política se transige mucho con la moralidad; y aunque la moralidad toma pocas veces el desquite, deshonrando á los que no la tratan bastante bien, á veces lo hace, y en poco estuvo esta vez que no se vengó de Boet. Es una lección que ciertos partidos, no uno solo, sino varios, debieron aprovechar. Si hubiera muchos procesos como el del Toison, pronto la civilización daría en el mundo un gran paso. Los que por ciertos respetos transigen con la inmoralidad de ciertas gentes, son en Europa muchos miles de políticos importantes, de quienes el público quedaría muy sorprendido de ver lo que ven y callan, por no comprometer su posición ó ambición.

El señor Boet fué del número de aquellos oficiales del ejército regular que en tiempo de la revolución se pasaron al carlismo; y lo único que atenúa su falta es que no se pasó por odio á la democracia ni por anhelo de medrar, sino por odio contra un gran personaje de Cuba que había jurado su pérdida, después de deberle toda su fama. La biografía del señor Boet demuestra que las tradiciones de familia influyeron poco en su determinación, y que apenas deben ser contadas. Ciertamente que en Cuba le trataron con la mayor injusticia y parcialidad, y que como le escribía el general Salcedo, le pagaban con la más negra ingratitud. Pero esto no le disculpa completamente de haber envuelto en su venganza á toda España, poniendo sus grandes talentos militares al servicio de la causa más abominable y de uno de los príncipes más corrompidos.

## XXXVII.

*Carta de Boet sobre las corrupciones de don Carlos en la causa del Toison (1).*

Milan 26 de Julio.

Dirijo las primeras líneas de esta carta á la prensa liberal de Europa, sin distinción de partidos; ante todo á la de España, mi querida patria; luego á la de Italia, y particularmente á la de Milan, donde ha ocurrido el proceso, y á la de Francia y demás países de Europa. Por la imparcialidad con que dichos diarios me han tratado desde mi *Manifiesto* de 1.º de Mayo de 1878, y por la severa exactitud con que han resumido día por día los debates, el público, que no podía asistir al Tribunal, se ha hecho cargo de los sucesos del Toison, y ha añadido al fallo del Jurado de Milan un veredicto tan justo como el de éste.

Séame dado también manifestar mi profundo agradecimiento á los señores jurados, por la rectitud con que me han tratado; pues no porque en principio no deba agradecerse á nadie la justicia, estoy menos re-

(1) Reproducimos esta carta tal como el señor Boet la entregó á don Luis Carreras, y por consiguiente mucho más completa de cómo vió la luz pública en algunos periódicos.

conocido á la que me han hecho. Y permítaseme además saludar afectuosamente al público milanés, que con tanta nobleza me ha tratado, y abrazar á mis dignos y elocuentísimos abogados, don Escipion Ronchetti y don Emilio Campi, que con tanto ingenio y brillantez han sabido demostrar mi inocencia, ya en las pruebas testimoniales, ya en las defensas orales. Quizá no diría más si la prensa legitimista de Europa y la carlista recalcitrante de España no hubiesen tenido la imperturbabilidad, por no decir cinismo, de atacar el veredicto del Jurado, asegurando que los abogados de don Carlos habían debido retirarse de los debates por la gran presión que los liberales hacían sobre el Jurado, y que mi triunfo era debido á esta presión. Toda Europa sabe que si en el Tribunal ha habido presión, esta se ha ejercido desde el primer día contra mí, por unas personas, que ni siquiera tenían cuidado de ocultarlo; pues así como los testigos cuyas declaraciones me favorecían recibían el trato más duro, más riguroso y amenazador, los que favorecían á don Carlos obtenían la benevolencia más dulce, aunque pretendiesen no haber conocido en Italia á la Samoggy, por más que esta misma declaración lo contrario, ó asegurasen llevar en un saco de noche un reloj de bolsillo, y en el bolsillo del chaleco un reloj despertador de sobremesa.

Hay más. Los mismos diarios legitimistas y carlistas han publicado una carta de don Carlos, fechada en París el 23 del pasado Junio, donde manifiesta tener la más completa confianza en la magistratura y en los jurados milaneses. Debo, pues, contestar á todas estas alegaciones, demostrando que ni don Carlos ha confiado nunca en la justicia de la magistratura y de los jurados de Milan, ni la prensa reaccionaria puede remotamente creer que los partidos liberales hayan hecho la menor presión en los jurados. Por una grande y bien inesperada fortuna puedo alegar en esto las pruebas más concluyentes.

Antes de mi arresto manifesté á mis ilustres abogados los señores Ronchetti y Campi, que se hallaban en poder del señor diputado á Cortes Taiani, ministro que fué de Justicia en 1878, unos documentos que revelaban bastante bien algunas tentativas de corrupción hechas en Milan en 1878 por el conde de Bourgade, representante de don Carlos en la causa del

Toison, al objeto de echarme á perder, y que creía que serían suficientes para aplastar á mi enemigo y calumniador. A consecuencia de esto, los abogados incluyeron al señor Taiani entre los testigos.

Pero yo ignoraba que existiesen otros papeles mucho más importantes en poder de una persona que no conozco, ni puedo imaginar quién sea; y estos papeles llegaron por el correo de Milan á manos de mi abogado el señor Ronchetti, el día que Retamero terminó su declaración. Formaban un paquete de unos 40 centímetros de largo por 15 de ancho, y llevaban en el sobre el título de *Documentos importantísimos sobre la causa del Toison*. Por esto fueron recogidos y abiertos por el señor Ronchetti con todas las precauciones y formalidades que una cosa tan grave requería, á fin de que constase el hecho de un modo solemne y fuertemente autorizado. Al mismo tiempo el señor abogado Campi y el corresponsal de *El Diluvio* don Luis Carreras, recibieron unas cartas particulares avisándoles dicho envío.

El pliego contenía 28 manuscritos; una comunicación de Francisco Retamero; 25 borradores del conde de Bourgade, y dos ó tres trozos de personas que no están nombradas. Todos se referían á la causa del Toison, y algunos probaban del modo más elocuente las corrupciones que hacía don Carlos para enviar á un inocente á presidio. Si los abogados los hubiesen presentado, quizá se hiciera luz sobre el origen de ellos. Pero los señores Ronchetti y Campi no juzgaron necesario servirse de ellos, en vista de la mucha luz que arrojaban los debates; y yo me adherí á su opinión; feliz de que, para triunfar, no fueran á presidio dos hombres, aunque fuesen tan indignos de lástima, como Retamero y el conde de Bourgade.

Pero si sustraje estos hombres al castigo de la justicia, nunca entendí sustraerles al de la opinión pública; mucho ménos ahora que son los primeros en pregonar que he triunfado por la influencia del liberalismo, y que los diarios legitimistas de Europa han propagado tanto las mismas voces. Doy, pues, á luz una parte de estos papeles, y entrego sus autores al tribunal de los hombres honrados de Europa, seguro de que los juzgarán como merecen.